

cieron de las letras clásicas. Debe mucho nuestra literatura, propiamente nacional, al Renacimiento, y el Renacimiento español debe mucho á lo que trabajaron catalanes, valencianos, mallorquines y aragoneses en el estudio de los clásicos y su asimilación á nuestra cultura.

Pero en fin, el discurso de Balaguer, bueno es, qué diablo.

Bueno para leído en Villanueva y Geltrú, al inaugurar la Biblioteca museo de D. Víctor Balaguer.

Porque eso es lo que debiera ser D. Víctor... Académico... correspondiente.

Eso es lo que le corresponde.



GUILLERMO D'ACEVEDO

HAGAMOS esta confesión triste: en España apenas se conoce la literatura portuguesa; no de otro modo que en Portugal se conoce poco la literatura de España. Ellos y nosotros sabemos de memoria muchos versos de Víctor Hugo, de Musset, de Gautier, de Coppé...—leemos en los folletines, devorados por la impaciencia, las novelas que van publicando Zola, Daudet... hablamos casi en francés, portugueses y españoles; y unos y otros ignoramos, en tanto, lo que vale la poesía y lo que vale el idioma del reino vecino.

Hace unos pocos años yo no sabía quién era Guillermo d'Acebedo, y el autor de las *Cartas de un Birman*, de los *Cris Cris*, y de los *Zigs-Zags*, era ya famoso en su tierra.

Hoy mismo, muchos de mis lectores, acaso los

más, ignoran quién es el autor de que trato y no saben siquiera que ha muerto.

¿Quién era Guillermo d'Acevedo? Es muy fácil decirlo: acaso el mejor escritor humorista de la península Ibérica, después del inmortal Fígaro.

Hoy no hay en España quien cultive ese género de las risas amargas con la fuerza, naturalidad y elegancia, con la originalidad, trascendencia y facilidad que se notan en los escritos humorísticos de Guillermo d'Acevedo.—D. Juan Valera, nuestro plenipotenciario en Portugal, es el único escritor, entre los vivos, que merecen el nombre de humorista español; pero, si como consumado literato y estilista, es absurdo elevar á su altura al joven humorista portugués, tampoco dudó en afirmar que en el género de que trato, Acevedo es más profundo, más original, más *humano* que Valera.

Del escritor que Portugal llora yo supe por mis propias fuerzas, fué un hallazgo de que estuve largo tiempo muy satisfecho.

Por casualidad comencé á leer las revistas de la semana de la ilustración de Lisboa *Occidente*. La primera vez que leí una revista de Guillermo d'Acevedo, pensé, sin más, sin pedir informes á nadie: este es un gran escritor, un espíritu original, finísimo, de gran alcance en sus pensamientos, de envidiables dotes para la expresión de las ideas más recónditas y de los más íntimos sentimientos. Seguí

leyendo las revistas de las semanas de Acevedo, y ví que con el mismo asunto que en Madrid sirve á varios revisteros—muy apreciables por lo demás—para escribir frasecillas y sandeces, Acevedo producía joyas literarias, dignas á menudo de la pluma de Larra. El entierro de un ministro, la voz de una cantante, la aventura de una lavandera, el gas del alumbrado, cualquier cosa, sirve al revistero portugués para encantar al lector que ve, bajo el asunto baladí, el interesante espectáculo de un alma grande batiéndose en descomunal batalla con las pequeñeces prosáicas y sin sentido de la vida.

Acaso hacía más picante el sabor de estas revistas el notable contraste de la pequeñez del asunto y del gran espíritu que lo trataba.

Los artículos de Acevedo, así en *Occidente* como los que escribió en *A Lanterna Magica*, en los *Zig-Zags* de la *Gazeta do Dia*, en los *Cris Cris* y las *Cartas de un Birman* del *Diario da Manha*, dejan siempre en el alma una tristeza, que no pueden aventar del corazón las carcajadas que el *humor* del poeta provoca. Parece que es el hastío la musa de Acevedo; su pesimismo no es bravucón ni sistemático; quizá no es más que un pesimismo nacional: Acevedo ama á su patria ¡pero es tan pequeña! ¡es tan pobre, tan triste la vida de Portugal!

Acordaos de aquel artículo en que Larra describe, entre bostezos, la vida de Madrid, las eter-

nas visitas á las tiendas de la calle de la Montera, el teatro que es una hoguera que se apaga, las mil y mil tristezas y miserias de la villa y corte: á los artículos de este género de Larra, se parecen las más de las crónicas de Acevedo. El campo de observación es mezquino, insignificante, no sucede nada digno de mención... y el cronista se ve precisado á agrandar los hechos desfigurándolos, á cambiar las líneas monotonas de la realidad baladí por las extrañas formas que el sarcasmo, la sátira, el subjetivismo humorístico, sugieren á la fantasía del escritor. Muchos artículos de Acevedo acerca de hechos sin valor alguno, de que ya nadie se acuerda, merecen ser conservados como obras literarias de composición primorosa.

Se queja Pinheiro Chagas, compañero del humorista portugués, de la triste suerte del periodismo. ¡Cuántos tesoros, dice perdidos en los trece tomos del *Diario da Manhã*! Es verdad, el periodismo, que suele ser el pan de la juventud, roba casi siempre la más rica savia de la inteligencia; no se puede decir que el trabajo del periódico se pierde por completo; la semilla es semilla, pero los que después recogen el fruto, ¡qué pocas veces piensan en el que hizo la siembra!

Mas cuando el periodista llega á ser un Larra, un Acevedo, debe buscarse, como se buscan las perlas en el mar, el producto de su ingenio per-

dido en el mar de tinta de la prensa. Yo daría la colección de discursos de la Academia de Ciencias morales y políticas por un solo artículo de Larra, y si los portugueses tienen también su Academia moral y política, deben hacer lo mismo con todos sus trabajos, comparados con una revista de Acevedo.

El verdadero anónimo está en lo anodino, incoloro, insignificante del escrito: hay escritores que pasan la vida firmando hata la sección de espectáculos, y no pasan jamás de anónimos; es el estilo el anónimo. Estos escritores conservan siempre su sello del hospicio, como los pobres niños incluseros.

Los versos de muchos escritores nuestros, publicados en papel de media marquilla, á dos tintas, en caracteres elzevirianos ¿qué son? ¡anónimos!

En cambio, hay escritores que no necesitan firmar para ser conocidos: éstos, aunque hayan dejado correr el jugo sinovial sobre la infecunda tierra del periodismo, aunque hayan tenido que consagrar su trabajo á asuntos de pasajero interés, merecen el honor de que sus escritos sean coleccionados. De esta manera lo insignificante adquiere importancia, y D. Clemente Díez se hace inmortal de mero Intendente de Zamora, ó lo que fuese.

Con este criterio, que me parece el más justo

bien puede llamarse á Guillermo d'Acevedo escritor de primer orden.

¿Quién podría medir su influencia en el espíritu culto de Portugal? Pero además deja libros notables, sus tomos de poesías: *Apparições* (1867) escrito á los 27 años. *Radiações da Noite* (1871) y *Alma Nova*.

¿Era poeta Guillermo d'Acevedo? ¿Quién lo duda? Era uno de tantos poetas á quien la tendencia natural del siglo y de su génio lleva á escribir en prosa más á menudo que en verso, primero, y después en prosa siempre.

Había en su alma esa gran *sinceridad literaria* que obliga casi siempre al humorista á romper la cárcel del metro y de la rima.

Guillermo d'Acevedo llegaba ahora á la madurez de sus facultades. Acababa de realizar su sueño dorado: vivir en París. ¡Triste vida la de los pueblos donde existe esa emigración de los espíritus escogidos!

También hay emigraciones en busca del pan del alma y éstas son acaso más tristes, de peores resultados que las que motiva la miseria.

Cuando hay gran distancia entre los hombres que han recibido la luz de la nueva vida y el pueblo en que nacieron, ese prurito de emigración es una consecuencia necesaria. Preguntad en España á muchos jóvenes ilustrados, de elevados senti-

mientos, de nobles y delicados gustos y aspiraciones; preguntadles cuál es su ambición: ¡París! ¡Alemania! ¡Italia!, según las vocaciones. Y no se trata de los que quieren ser hombres de moda y recorrer el extranjero para maldecir de la patria; no; se trata de los que, sin dejar de amar entrañablemente la patria, no se resignan, porque su espíritu se revela, á ser comparsas de este carnaval grotesco de la necedad, que es aquí lo más notorio, lo que priva. España adelanta: bien; pero, ¡qué poco á poco! Tan despacio, que á veces se diría que se pára, y hasta que retrocede. ¡Y el mundo nos lleva tanta delantera!

No; no son desnaturalizados los espíritus á quienes atormenta el deseo de vivir otra vida más conforme á sus ideas y sentimientos, más en armonía con los propios gustos y aptitudes...

Guillermo d' Acevedo dejó por fin á Portugal, vivió en París, escribiendo *correspondencias* para un periódico portugués... y allí, cuando mejor respiraba, cuando acaso estaba satisfecho de la existencia, le vino á sorprender la muerte en un hospital, donde le dieron por muerto antes de morir.

Un amigo, por casualidad pudo recoger su último aliento. Murió entre dolores terribles. Así había vivido gran parte de su vida.

Como una vergüenza había ocultado siempre una enfermedad que fué consumiéndole. Era cojo;

nadie sabía cómo ni desde cuándo. Su cojera no era asunto de conversación jamás, ni en la intimidad más grande; era un pudor en él lo que padecía. Acevedo, poco amigo de lecturas indigestas, tenía unos pocos libros predilectos, entre ellos una novela de Daudet, autor que admiraba, y al ver al cual en París se sintió conmovido, como un amante en presencia de la que adora.

El biógrafo que nos cita la novela que tanto gustaba á Guillermo, no procura averiguar el misterio de esta predilección. Yo me atrevo á penetrarlo. Es todo un idilio; es el amor de dos almas tristes, gemelas por la desgracia, pero separadas por el insondable abismo que media entre la realidad y el mundo fantástico del arte. *Fromont jeune et Risler aîné* era el libro de que Acevedo estaba enamorado.

Pues bien: la figura más hermosa de esta novela es la hija del cómico Dolabella, la pobre *Desirée*, la imposibilitada, la coja, que tiene horror á la calle por las burlas de los transeuntes, que pasa la vida amarrada á una butaca, lejos de la primavera y de los árboles en que adora, haciendo primaveras de trapo, representadas en flores de papel y pájaros con ojos de cristal. *Desirée* la coja, está enamorada *usque ad mortem* de Frank Risler, y tras el último desengaño busca la muerte, y es sacada viva del fango del Sena: no la ahogó el agua negra del

río, pero la ahogó el dolor. La pobre coja muere enamorada.

Acaso Acevedo, el cojo vergonzante, estaba enamorado de *Desirée*, la hija del cómico. ¡Oh, si se hubieran encontrado en el mundo!

Pero, no; estas cosas nunca suceden. Sólo los poetas saben crear las almas de que se enamoran los poetas.

Sí, sí: ¡pobres poetas! siempre seréis unos Quijotes.

